

EL ROMANCE, DESDE GÓNGORA A RIVAS

DIEGO MARTÍNEZ TORRÓN
Universidad de Córdoba

RESUMEN

Estudio de la influencia de los romances de Luis de Góngora sobre los romances del Duque de Rivas, a partir de las *Poesías selectas castellanas...* (1807, vol. III), antologadas por Manuel José Quintana, que el autor romántico cordobés debió sin duda conocer.

PALABRAS CLAVE: Literatura española. Relación entre la poesía de Góngora y el Duque de Rivas.

SUMMARY

Study of the influence of Romances of Góngora on the Romances of Duke of Rivas, based on *Poesías selectas castellanas...* (1807, vol. III) collected by Manuel José Quintana.

KEY WORDS: Spanish Literature. Relationship between the poetry of Góngora and Duke of Rivas.

Me pregunto si todos los que estamos aquí no constituimos un hermoso y desfasado conciliábulo fuera de época. Algo así como la resistencia de la orquesta clásica que se empeña en seguir tocando sus piezas, al final de la película de Fellini *Ensayo de orquesta*, mientras la gran bola demoledora de edificios golpea contra la capilla en la que se celebran sus ensayos, con sus grandezas y sus miserias.

En mi novela *Éxito*¹ –de irónico título, pues me sé escritor minoritario y no quiero serlo de otra manera–, trato acerca de la tremenda crisis de identidad cultural y social que está teniendo lugar actualmente, a través de las cartas que se cruzan un grupo de artistas, mayoritariamente mujeres –las lectoras siempre fueron y son el futuro de la buena literatura, mientras no caigan en sagas y costuras–. Allí opongo la verdadera literatura frente al best-seller comercial que nos inunda. Hago revivir la música rock de

¹ MARTÍNEZ TORRÓN, Diego, *Éxito*, prólogo de José María Merino, Sevilla. Alfar, 2013.

otros años. Contrasto la música clásica que se escribe hasta los años 50 frente a la actual. Y la pintura que se hace hasta 1975 frente a la reciente, si es que es pintura y escultura. Y, a través de la perspectiva de cada uno de los personajes, concluyo, con alusiones incluso a la tremenda crisis económica que estamos viviendo, que hemos ido perdiendo el concepto verdadero de arte, y que este se recluye quizás en alguna interpretación de música clásica que roza lo sublime a través del matiz infinito, y en la poesía cuando esta tiene de poesía algo más que el nombre.

Todo esto tiene que ver con Góngora. Mi edición preferida de este autor es el reprint de 1970 de las *Obras poéticas de D. Luis de Góngora*, publicadas inicialmente en 1921 en tres hermosos volúmenes,² y que conseguí en una emblemática y pequeña librería madrileña de libro nuevo, algo que hoy sería imposible. Evidentemente eran otros tiempos, y esto lo saben nuestro académicos aquí presentes que tienen el bello local de su Academia convertido casi en casa de derribo, y su biblioteca en cajas ataúd encerradas en algún lugar de la Universidad de Córdoba...

Por ello, insisto, me pregunto si somos seres de otra época estudiando temas de otras épocas. Si somos seres fuera de nuestro tiempo.

Estuve trabajando en la hermosa Universidad de Santa Bárbara en California en 1992 y luego en 1996. En 1992 había preciosas librerías de las que te habrías llevado todo. En 1996 habían desaparecido y se habían convertido en almacenes de libros sin valor bajo el nombre de Barnes & Noble. Y como todo lo que hacemos y vivimos se hace y se vive previamente en Estados Unidos, al menos de momento, ya temí lo que nos iba a pasar.

Cuando hace poco presenté en Ginebra hace poco esa novela mía, *Éxito*, busqué una gran librería de libro antiguo, que recordaba de cuando era joven, y cuyos fondos ocupaban el inmenso subterráneo de toda una manzana con maravillosos volúmenes... Y solo encontré que el lugar en que tanto había disfrutado, se había convertido en una pequeña –y bella– librería de viejo denominada –tal vez del mismo modo irónicamente– Librairie du temps perdue...

El otro libro mío que voy a mencionar es mi edición de las *Poesías completas* del duque de Rivas, que es la que voy a utilizar aquí como base de comparación.³ En el extenso estudio preliminar, que da pie a una edición que he querido, quizás por vez primera, fiel de toda la poesía del gran autor cordobés, ya comentaba acerca de la desaparición alarmante de nuestras españolas colecciones de clásicos, teniendo como tenemos la literatura tal vez más rica y variada del universo –en cada época de nuestra Historia, desde la Edad Media hasta hoy–. Y añadía que los franceses habían hecho una línea Maginot de autodefensa de su literatura y de su cine. Y que nosotros estamos perdiendo la perspectiva de nuestra cultura y nuestra identidad, como cultura y como nación. Esto no empece para que debamos abrirnos a otros idiomas y otras naciones y otras culturas, pero sin perder esa identidad...

² GÓNGORA, Luis de, *Obras poéticas*, ed. de R. Foulché-Delbosc, New York, Hispanic Society of America, 1921, 3 vols. Reprint en 1970.

³ SAAVEDRA, Ángel de, Duque de Rivas, *Poesías completas*, edición, estudio preliminar y notas de Diego Martínez Torrón, Sevilla, Ed. Alfar, 2012 (Alfar Universidad, 186).

Realizando esta ambiciosa edición de la poesía toda de Rivas, descubrí –acudiendo a las ediciones originales de época- las barbaridades textuales que se habían hecho con su obra. Y encontré que, hasta en su forma de puntuar los versos, hay una manera peculiar de hacer bailar las palabras al son de un ritmo y una rima, que al no ser comprendida por otros editores, hicieron, si se ve con cuidado, totalmente ilegible su poesía.

Debo de confesar que esa edición de Rivas, se presentó con numeroso público en Madrid... pero -¡ay!- no se pudo presentar en la Feria del Libro de Córdoba, donde nació Rivas... porque no lo hubo... Y sin embargo la cobertura que los admirables periodistas de nuestra ciudad dieron a mi modesta edición fue grande. En fin: ¿Ignoramos nuestro pasado? ¿Han sustituido nuestra riqueza cultural y artística por un entramado de bobadas mediáticas repetidas constantemente a la manera de la falsa publicidad de Goebbels? ¿Nos cabe algo más que hacer, si transmitimos nuestro testimonio estético a las jóvenes generaciones -¿por cuánto tiempo?- que mostrar nuestra nostalgia y nuestra tristeza? O quizás siempre fue así, y nadie se acuerda hoy de los folletinistas del momento, mientras que todos -¿por cuánto tiempo?- leemos con fruición a su contemporáneo Ramón María del Valle-Inclán, que es el autor protagonista de mi próximo libro filológico...

Pero entremos en materia, siquiera sea brevemente. Rivas y Góngora tienen en común muchas cosas. Ambos fueron cordobeses, ambos gustaron del romance, cada uno a su manera y, como trataré de demostrar sucintamente, de modo paralelo. Ambos fueron autores descubiertos tarde. Y ambos, como ocurre con casi todos los genios, fueron malinterpretados.

Por ejemplo ese gran escritor y crítico, en otros casos enormemente sensitivo en su apunte breve, conciso y sugerente, que fue Azorín, no comprendió a Rivas. Y ello ha hecho que hasta hoy día se le considere como un autor superficial y, entre comillas despectivas, “bonito”. Pero Rivas tiene una gran profundidad: nos habla de su amor, de la guerra, de la valentía en esa guerra en la que fue soldado, de la muerte por tanto, del drama del exilio, del Destino... Lo que ocurre es que Rivas y Góngora son andaluces y cordobeses. Y el andaluz tiene dos lecturas: parece que se ofrece inmediatamente, de modo fácil y expansivo, pero oculta en su interior una rica intimidad que, como la llamaría otro poeta del siglo de oro, es en realidad un jardín cerrado para muchos y abierto para pocos: como los cármenes de Granada, como los patios de la judería de Córdoba, que ocultan su verdadera riqueza y belleza en el interior, al que pocos tienen acceso...

Góngora es oscuro y claro. Tiene esos dos aspectos que la crítica ha destacado en él. Fue recuperado tarde, como sabemos, por la generación del 27 –quizás al hilo, creo, de esta edición mencionada de 1921 de Foulché-Delbosc-. Y lo estudió espléndidamente ese gran filólogo y poeta, que amaba la filología en la época en que se amaba la filología, que fue Dámaso Alonso, y ahí están sus extensos y maravillosos trabajos sobre el vate cordobés. El Góngora oscuro, el de las *Soledades*, a mí me interesa menos. Me parece un tanto retorcido y rebuscado, como una columna salomónica. Quizás porque también aprecio al gran Quevedo, de quien encontré inéditos, y tener estos dos amores no es incompatible, lo puedo asegurar, más allá de trifulcas divertidas o crueles de otras épocas.

Yo me quedo con el Góngora diáfano como el amanecer de una mañana de verano en Córdoba, cuando descendemos a la judería, donde se encuentra nuestra Facultad de Filosofía y Letras, y vamos abandonando el siglo XX –ni siquiera, afortunadamente, el XXI– y nos sumergimos en otra época: la de don Luis de Góngora que paseaba por el patio de los Naranjos, disfrutando de la conversación de los amigos y del olor de azahar, ajeno a los ritos eclesiásticos que tenían lugar en el interior de la catedral. Todo eso lo estudió y glósó don Dámaso, como es sabido.

Y el Góngora claro es el de sus romances, de una perfecta y luminosa belleza, ajena al otro alma de la ciudad de Córdoba, el alma oscura de los posteriores cuadros de Julio Romero de Torres. Porque las dos almas de Góngora son las dos almas de la ciudad de Córdoba en la que vivimos y a la que amamos.

Pues bien: en 1807 el magnífico intelectual e ideólogo que fue Manuel José Quintana publica su *Colección de poesías castellanas*. Desde 1830 a 1833 publica una antología de poetas clásicos españoles, *Poesías selectas castellanas*, el tercer volumen es *Musa épica*. He estudiado la importancia de esta antología en la formación de las jóvenes generaciones románticas: así Espronceda se inspira aquí en versos de fray Luis de León,⁴ y conoció la obra de Quintana en el Colegio de San Mateo de Alberto Lista, otro autor que he trabajado.

Este enlace es interesante, en red: [books.google.es /books /ManuelJoseQuintana /poesias castellanas selectas](https://books.google.es/books/ManuelJoseQuintana/poesias%20castellanas%20selectas).

Corresponde a la digitalización de las *Poesías selectas castellanas desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros días. Recogidas y ordenadas por Don Manuel Josef Quintana*, Madrid, Gómez Fuentenebro y Cía, 1807, tomo III. (Está en google books):

Contiene las *Poesías de D. Luis de Góngora* en este tomo III, pp. 128-208. Con una final “Noticia de D. Luis de Góngora” (p. 208) en la línea de los epitomes de Quintana que descubrí y publiqué en mi libro sobre este autor. En la antología de Quintana van seguidas las poesías de Góngora de las de Quevedo (pp. 209ss).

De Góngora contiene cinco canciones (pp. 128-137), y sonetos (pp. 137-139).

Y, lo que aquí nos importa, contiene nada menos que trece romances gongorinos que debió conocer sin duda Rivas (pp. 139-169): son de tema árabe, lo que creo enlaza con el exotismo romántico y -una vez más- prueba mi hipótesis de un Quintana protorromántico.

El romance “Entre los sueltos caballos / De los vencidos Zenetes (...)” (pp. 144-147) creo que es el que sirve de inspiración directa a Rivas. Así, el tema de los ojos y el amor: “Cada vez que la miraba / Salía el sol por su frente” (pp. 145-146), y este romance es el que me parece importante como fuente y raíz del concepto de romance en Rivas.

⁴ ESPRONCEDA, José de, *Obras completas*, edición, introducción y notas de Diego Martínez Torrón, Madrid, Cátedra, 2006 (Bibliotheca Aurea).

Podemos ver que es la misma música, no solo de “Con once heridas mortales” del duque, sino de sus posteriores y mágicos *Romances históricos* de madurez. Y además está el tema de la confraternización de los árabes y cristianos, que le ocupará en la obra de teatro, injustamente preterida, *La morisca de Alajuar* así como en *El moro expósito*.

Lo recojo completo según la mencionada versión de la antología de Quintana (pp. 144-147 del volumen III, de 1807), que insisto estoy seguro de que sin duda debió conocer:

Entre los sueltos caballos
De los vencidos Zenetes,
Que por el campo buscaban
Entre la sangre lo verde;
Aquel español de Orán
Un suelto caballo prende,
Por sus relinchos lozano
Y por sus cernejas fuerte,
Para que lo lleve a él
Y un moro cautivo lleve,
Que es uno que ha cautivado
Capitán de cien Zenetes.
En el ligero caballo
Suben ambos, y él parece
De cuatro espuelas herido,
Que cuatro vientos le mueven.
Triste camina el Alarbe,
Y lo más bajo que puede,
Ardientes suspiros lanza
Y amargas lágrimas vierte.
Admirado el Español
De ver cada vez que vuelve,
Que tan tiernamente llore
Quien tan duramente hiere;
Con razones le pregunta,
Comedidas y corteses,
De sus suspiros la causa,
Si la causa lo consiente.
El cautivo como tal,
Sin excusarlo obedece,
Y a su piadosa demanda
Satisface desta suerte:
‘Valiente eres Capitán,
Y cortés como valiente,
Por tu espada y por tu trato
Me has cautivado dos veces.
Preguntado me has la causa
De mis suspiros ardientes,
Y débote la respuesta
Por quien soy, y por quien eres.
Yo nací en Gelves el año,

Que os perdisteis en los Gelves,
 De una Berberisca noble
 Y de un Turco Matasiete.
 En Tremecén me crié,
 Con mi madre y parientes,
 Después que murió mi padre
 Corsario de tres bajeles.
 Junto a mi casa vivía,
 Porque más cerca muriese,
 Una dama de linaje
 De los nobles Melionenses.
 Extremo de las hermosas,
 Cuando no de las crueles,
 Hija al fin destas arenas
 Engendradoras de sierpes.
 Era tal su hermosura,
 Que se hallarán los claveles
 Más ciertos en sus dos labios,
 Que en los dos floridos meses.
 Cada vez que la miraba
 Salía el sol por su frente,⁵
 De tantos rayos vestido,
 Cuantos cabellos contiene.
 Mas ya la razón sujeta,
 Con palabras me requiere
 Que su crueldad le perdone,
 Y de su beldad me acuerde.
 Juntos así nos criamos,
 Y amor en nuestras niñeces
 Hirió nuestros corazones
 Con arpones diferentes.
 Labró el oro en mis entrañas
 Dulces lazos, tiernas redes,
 Mientras el plomo en las tuyas
 Libertades y desdenes.
 Esta, Español, es la causa
 Que a llanto pudo moverme,
 Mira si es razón que llore
 Tantos males juntamente.⁷
 Conmovido el Capitán
 De las lágrimas que vierte,
 Parando el veloz caballo
 Que paren sus males quiere.
 ‘Gallardo Moro, le dice,
 Si adoras, como refieres,

⁵ Esto tiene clara concomitancia con los versos de “Con once heridas mortales” y el tema de la mirada de amor.

Obviamente corrijo la puntuación original en ambos poemas.

Y si, como dices, amas,
Dichosamente padeces.
¿Quién pudiera imaginar
Viendo tus golpes crueles,
Que cupiera alma tan tierna
En pecho tan duro y fuerte?
Si eres del amor cautivo,
Desde aquí puedes volverte,
Que me pedirán por voto
Lo que entendí que era suerte.
Y no quiero por rescate
Que tu dama me presente
Ni las alfombras más finas
Ni las granas más alegres.
Anda con Dios, sufre y ama,
Y vivirás si lo hicieres,
Con tal que cuando la veas
Pido que de mí te acuerdes.⁷
Apeóse del caballo,
Y el Moro tras él descende,
Y por el suelo postrado
La boca a sus pies ofrece.
‘Vivas mil años, le dice,
Noble Capitán valiente,
Que ganas más con librarme,
Que ganaste con prenderme.
Alá se quede contigo,
Y te dé victoria siempre
Para que extiendas tu fama
Con hechos tan excelentes.
Apenas vide trocada
La dureza desta sierpe,
Cuando tú me cautivaste,
Mira si es bien que lamente.’

Es un precioso romance, que muestra el sentido lírico de Góngora, y su capacidad para adaptar el romancero de tema arábigo y de cautivo a su peculiar modo de entender la literatura. Notemos que la caballeridad del espíritu español propio del siglo de oro fue Alberto Lista quien la descubrió y cantó en sus ensayos, y la señaló como rasgo definitorio del sentido de la vida de los españoles del siglo de oro, que los románticos españoles van a admirar e imitar.

Por otro lado los dos personajes de este romance poseen una singular grandeza, que encontraremos luego en los *Romances históricos* (1841) de Rivas, con su sentido de la caballeridad y la aristocracia del espíritu, que entiende va a veces unida a la de la sangre.

Insisto así en la importancia de la huella de Góngora en los romances del duque, aunque ambos poseen un diferente modo y temperamento propio, como grandes escritores que son los dos.

En esta colección antológica recogida por Quintana, hay luego otras obras de Góngora a las que solo aludiré de pasada: así once “Romances cortos y letrillas” (pp. 169-188), que también tienen incidencia en el primer Rivas. Y de nuevo el tema de la mirada, los ojos y el amor: “(...) En llorar conviertan / Mis ojos de hoy más / El sabroso oficio / Del dulce mirar (...)” Y luego: “Váyanse las noches,/ Pues ido se han / Los ojos que hacían / Los míos velas. Váyanse, y no vean / Tanta soledad / Después que en mi lecho / Sobra la mitad./ Dexadme llorar,/ Orillas del mar.”(pp. 174-175).

Ver luego también el poema “Lloraba la niña” (pp. 175-176), al que siguen otros sorprendentemente burlescos en curioso contraste, tras el tema del amor: “Vida del Muchacho./ Hermana Marica (...)” (pp. 177-180), “Arroyo en qué ha de parar” (pp. 180-181), “Dineros son calidad” (pp. 181-183).

Creo que es el tema, también en Quevedo, del dinero como contraste transgresor frente al idealismo esteticista del Renacimiento, también respecto a la religión e incluso del amor a la manera neoplatónica. Son curiosos contrastes que aún hay que indagar desde el punto de vista ideológico –mi metodología–, como haré en un próximo libro que preparo sobre Cervantes. Así frente a la belleza de la dama idealizada en los poemas de amor, ofrece el tema de la mujer mayor, vieja y fea: “No me llame fea, calle” (pp. 187-188): la fealdad de la vejez frente a la idealizada belleza de la juventud de los artistas italianos renacentistas.

Parece como si los temas que toca la poesía de esta época, que primero se asocian a la sumisión al poder real y la religión, se fueran liberando poco a poco y derivaran hacia una crítica a la crueldad de la guerra, y el contraste con la arcádica sensación del amor pastoril. Esto explicaría el gusto de Cervantes por la novela pastoril, aprendido quizás en la traducción de la *Aminta* de Torcuato Tasso por Juan de Jáuregui, que por cierto se recoge al principio de este volumen tercero de la antología de Quintana. Como si el amor a la Naturaleza fuera la alternativa a la crueldad de la guerra, que también Cervantes vivió como soldado, y ello explicaría su afición por prolongar su novela pastoril en la vejez: los escritores tenían que expresarse entre líneas, dentro de la apariencia de los tópicos generalmente admitidos. No hay tanta censura en el siglo de oro, porque la vitalidad genial de sus escritores no podía ser fácilmente sofocada. A estudiar esto. Y barro hacia mi perspectiva de la relación entre ideología y literatura, enriquecedora allí donde se aplique, para destruir interpretaciones banales que hemos ido heredando acríticamente en nuestra Historia Literaria.

Yo creo que del mismo modo que he demostrado que Fray Luis de León, antologado en los textos que Espronceda leyó en el Colegio de San Mateo, influye en la poesía del autor de Almendralejo, así igualmente ocurre en Rivas a través de la antología de Quintana. Son los del joven Rivas textos protorrománticos, y tanto el joven Espronceda como el joven Rivas respiran el mismo ambiente de génesis literaria, de ciclogénesis romántica llamaría yo.

En fin, Quintana recoge poemas como “Mande amor en su fatiga” (pp. 183-184), “Ande yo caliente” (pp. 184-185), “De bienes fortuna” (pp. 186-187), “No me llame fea, calle” (p. 187-188). Hay luego siete “Romances burlescos” (pp. 188-207). Es, insisto, como si Góngora se rebelara frente al idealismo de las apariencias místicas y ortodoxas oponiendo una ironía realista, que también encontramos en la picaresca, en el genial *Estebanillo González* sobre todo. Como si los autores del XVII estuvieran ya

decepcionados de todo, previendo la terrible crisis que se avecinaba. (¿A qué nos suena esto, por cierto?).

Rivas, como Góngora, escribe letrillas. Y romances. Ver este romance de Rivas, de la primera edición de sus *Poesías* (Cádiz, 1814), que recoge el tema de los ojos de la amada, la importancia de la mirada en el amor, algo que trató *El collar de la paloma?* del cordobés Ibn Hazam, escrito en 1023:

ROMANCE

Desde que yo vi, Zagala,
la gracia de tus ojuelos,
sin saber cómo ni cuándo
estoy por ti de amor muerto.

Dicen que Cupido es
rapaz loco y niño ciego,
pero ni ciego ni loco
es, Zagala, a lo que entiendo.

Pues un ciego nunca puede
ser en el tirar tan diestro,
como lo ha sido el amor
acertándome en el pecho.

Y si acaso fuera loco,
no se mostrara discreto;
y, en enlazarme contigo,
más que loco anduvo cuerdo.

También dicen que el amor
es fuego, mas no lo creo;
pues siendo tu pecho nieve,
yo no sé dónde hay tal fuego.

Antes el amor es agua,
pues aquél que está queriendo
ora llora de afligido,
ora llora de contento.

Y como suelen las aguas,
lentamente y con silencio,
socavar las altas peñas,
derribar robles enteros;

que hasta que pierden su aplomo
y se encuentran sin cimiento,
no se advierte el daño que hizo
el agua apacible en ellos;

así el corazón humano
el amor va combatiendo,
sin que se conozca el daño
hasta que ya no hay remedio:

y así, divina Zagala,
hizo el amor en mi pecho,
desde el punto en que advertí
la gracia de tus ojuelos.

Y este romance autobiográfico:

ROMANCE.

Con once heridas mortales,
hecha pedazos la espada,
el caballo sin aliento
y perdida la batalla,

manchado de sangre y polvo,
en noche oscura y nublada,
en Antígola vencido
y deshecha mi esperanza,

casi en brazos de la muerte,
el laso potro aguijaba
sobre cadáveres yertos
y armaduras destrozadas.

Y por una oculta senda
que el Cielo me deparara,
entre sustos y congojas,
llegar logré a Villacañas.

La hermosísima Filena,
de mi desastre apiadada,
me ofreció su hogar, su leche
y consuelo a mis desgracias.

Registróme las heridas,
y con manos delicadas
me limpió el polvo y la sangre
que en negro raudal manaban.

Curábame las heridas
y mayores me las daba;
curábame las del cuerpo,
me las causaba en el alma.
Yo, no pudiendo sufrir
el fuego en que me abrasaba,

díjeme: ‘Hermosa Filena,
basta de curarme basta.

Más crueles son tus ojos
que las polonesas lanzas:
ellas hirieron mi cuerpo
y ellos el alma me abrasan.

Tuve contra Marte aliento
en las sangrientas batallas,
y contra el rapaz Cupido
el aliento ahora me falta.

Deja esa cura, Filena;
déjala, que más me agrava;
deja la cura del cuerpo,
atiende a curarme el alma.’
(En el hospital de Baza, 1809.)

He estudiado que este romance, que recoge su experiencia en esa insurrección popular que fue la Guerra de 1808, contiene elementos protorrománticos, a pesar de su aire musical propio del romance más clásico. La mal llamada Guerra de la Independencia, en la que se supuso que los españoles pelearon detrás de las faldas de los añorantes del absolutismo, renuentes de la pretendida modernidad de los afrancesados napoleónicos que venían a salvarnos de nuestro “atraso”: según creyeron incluso historiadores liberales como el británico Raymond Carr, a quien todos leímos en la España de nuestra juventud; como en el libro sobre *Los afrancesados* de Miguel Artola; y se repite este mito o complejo en el film de Luis Buñuel, de 1974, *El fantasma de la libertad*, que creo es ideológicamente deudor de la idea de Carr; y se encuentra hasta en el volumen dedicado al romanticismo de la *Historia de la Literatura Española* de Juan Luis Alborg... Y podríamos seguir remitiendo a repeticiones miméticas de esta falsa idea. Pero, como he intentado estudiar en mis muchos libros dedicados al romanticismo, hubo en cambio en aquella época de la Guerra de 1808, una pulsión genuinamente española, mucho más progresista que la de los afrancesados, protagonizada por importantes intelectuales como Manuel José Quintana, Argüelles, Antonio Alcalá Galiano, Mejía Lequerica, también por cierto el joven soldado Rivas, etc. Todo ello dará lugar a la admirable Constitución de Cádiz de 1812, que hasta hace poco no había sido descubierta en su verdadera importancia y sentido, porque los españoles –una vez más, y era con lo que abría estas palabras– desconocemos y minusvaloramos nuestro pasado...⁶

Este romance muestra a Rivas herido de muerte. La herida le dejará secuelas de por vida, como recoge en su espléndida biografía Gabriel Boussagol, editado en francés en París/Toulouse en 1926, que pienso seguramente recoge testimonios de los herederos del duque, ya fallecidos hace mucho tiempo. Notemos que hubo un vacío enorme en los

⁶ Puse hace mucho tiempo modestamente mi granito de arena con mi libro MARTÍNEZ TORRÓN, Diego, *Los liberales románticos españoles ante la descolonización americana (1808-1834)*, Madrid, Editorial Mapfre, 1992, libro de historia que fue la base de mis posteriores y más amplios trabajos sobre el romanticismo.

estudios acerca de la obra completa del duque de Rivas, y ello hasta que, tantos años después, en 2009, se me ocurrió la aventura de estudiar la obra completa del duque, con mi grupo de investigación de la Junta de Andalucía, lo que dio como fruto *El universo literario del duque de Rivas*.⁷ Pero debo decir que este desconocimiento de la obra de Rivas, está siendo actualmente suplido por un interés generado hacia ella, sobre todo en universidades italianas y madrileñas... Algo es algo, aunque los cordobeses no muestren interés hacia el poeta, como antes he dicho.

Pues bien: si el poeta dice que las heridas que le producen en el alma los ojos de su cuidadora y salvadora muchacha, son más profundas que las de la batalla, ¿quién puede dudar del idealismo protorromántico, en 1809, que muestra este poema? Ello enlaza con mi tesis, tantas veces reiterada –a ver si hay suerte y perdemos nuestro complejo de inferioridad– de que España llega al romanticismo al tiempo que los europeos, y para ello he indagado ampliamente en la prensa anterior y de la época de la Guerra de 1808, que para mí es también una romántica insurrección popular, que da origen a la Constitución de 1812 y que, de no ser por el estorbo de Fernando VII, nos habría hecho una nación moderna, civilizada y democrática en ese mismo año.

Pero habría también que redescubrir aún los romances a Olimpia, el temprano y misterioso amor sevillano de Rivas... y por ello remito ya a mi citada edición.

¿Y Góngora, que es lo que principalmente nos reúne aquí?

En los romances de Góngora que antologa Quintana sigue apareciendo la misma música, el mismo tono, el mismo ambiente propio del romancero andaluz: así vol II p. 218-221, n° 288, de 1614. Ver vol. III p. 151-152, lista de romances amorosos.

Lo que une a Rivas y a Góngora es una misma *música* de romancero, que no es la del precedente Meléndez, en la que hay un diferente alambicamiento rococó. Pero sobre todo a Rivas y Góngora les une la misma manera de sentir el amor en su poesía.

En el fondo, la fraternidad entre ambos poetas, surge de su mismo concepto de la belleza y por tanto del amor. Y el aspecto luminoso de Andalucía. Aunque ambos tengan la contrapartida del lado oscuro del alma cordobesa –la de las pinturas de Julio Romero de Torres–, los poemas barrocos del Góngora oscuro, que corresponden al tremendo drama *Don Álvaro o la fuerza del sino* de Rivas...

Pero aquí nos quedamos, como ya dije, con la diáfana alegría luminosa de las mañanas de Andalucía: la del Góngora claro, la del Rivas que aún no ha tenido que sufrir el trágico destino de su destierro, perseguido tanto por conservadores como luego por progresistas...

Y todo ello son cosas de otra época, como nosotros, como la literatura que amamos, reclusos en la lectura, que se pierde, de nuestros clásicos. Disfrutando aún de un tiempo de tristeza, como testigos de otra época que evocamos –y remito a mi novela, a la que me referí al principio– esa otra manera de vivir y de sentir... Quizás con una infinita nostalgia: la del tiempo que se perdió y que quizás algún día, en otras

⁷ MARTÍNEZ TORRÓN, Diego (ed.), *El universo literario del duque de Rivas*, Sevilla, Alfar, 2009.

generaciones y en épocas en las que se vuelva a nuestros clásicos y nuestra cultura, alguien recuperará y volverá a descubrir, comprendiendo nuestro lamento de ahora y nuestra nostalgia de otros modos y otras épocas, en las que la literatura era aún literatura.